

Andrés Valdespino

Ag 8/16 m

El Juego: Institución Nacional

JUNTO a la fugaz actualidad cubana, cambiante y tornadiza, hay siempre entre nosotros una especie de actualidad permanente. La forman temas de sostenida vigencia en el panorama nacional. Y hemos querido iniciar nuestra colaboración en estas páginas tratando sobre uno de ellos: el del juego. Ya que EL MUNDO, con tesonero empeño, viene librando una cívica campaña contra el fomento de ese hábito criollo de confiar el destino al azar.



Denunciar el juego como uno de los grandes vicios del cubano sería a estas alturas descubrir el Mediterráneo. Es cosa más que sabida. No somos un pueblo de "borrachos" aunque nos guste beber y fabriquemos buen ron. Ni siquiera somos, como han pretendido algunos mal informados turistas, un pueblo de perversiones o desafueros sexuales. En eso del alcoholismo y las ofensas al pudor otros países nos llevan buena ventaja. Pero al juego sí podemos calificarlo de "vicio nacional".

En Cuba siempre se ha jugado. Y seguramente se seguirá jugando. Pero eso, con ser grave, no es lo peor. Lo peor es que se convierta el juego en institución consentida, tolerada y hasta patrocinada por los mismos encargados de perseguirlo y evitarlo. El sistema, por supuesto, tiene raíces coloniales, cuando la desfachatez llegaba a tales extremos que las ciudades tenían su jerarquía para el juego, lo mismo que para las matriculas del subsidio industrial o comercial, y el impuesto "clandestino" de-

rivado del vicio se distribuía generosamente entre las autoridades de la localidad y los superiores de provincia, como si se tratara de subvenciones oficiales. Esto ocurría en tiempo de la Colonia, bajo el tutelaje corruptor de los Capitanes Generales. Y la República no logró liberarse de esa lacra social. Desgraciadamente pocos gobiernos han podido exhibir un expediente del todo limpio en esto del juego. Pero la cuestión ha llegado a asumir proporciones de escándalo público en ciertas épocas. Como la que ahora vivimos. En que para colmo de males (con ser tantos los que padecemos), se nos está convirtiendo el país en un bochornoso garito. A la voz de "¡Hagan juego, señores!".

Se nos dirá que el cubano es "de por sí" jugador. Admitémoslo. Pero no es precisamente estimulando el vicio como se le puede poner remedio. Por el contrario, para embotar la sensibilidad moral de un pueblo no hay como alimentar sus bajas inclinaciones. Se nos dirá igualmente que a nadie se obliga a jugar. Y que "quien por su gusto lo hace" debe saber a que atenerse. Pero eso es juzgar las cosas a la ligera. Muchos juegan en Cuba por una especie de "estado de necesidad". En un país en que el desempleo aumenta pavorosamente, y grandes núcleos ciudadanos viven en precaria situación económica, el juego se presenta como tentadora esperanza a la que muchos se entregan con la ilusión de que la suerte les favorezca más que la justicia. Ese es el juego realmente peligroso. En que los aprovechados usufructuarios del vicio se enriquecen a costa del pueblo. Y ya no es tan sólo el reprochable espectáculo de jugar "al prohibido" a la vuelta de cada esquina, a ciencia y paciencia de las autoridades. El juego

tiene ahora nuevas e insospechadas facetas. Y hasta muy "respetables" empresas industriales viven prácticamente del vicio, estimulándolo con rifas, sorteos y planes de regalos que gravan el producto y rebajan la calidad, en perjuicio del público consumidor.

Quizás el mayor peligro del juego sea el estrago moral que a la larga ocasiona. Sobre todo a un pueblo como el cubano, tan acostumbrado a confiar su futuro a la suerte. En sus admirables "Diálogos sobre el destino", Gustavo Pittaluga afirmaba: "El hombre ha de ser educado para el esfuerzo; hay que despertar en él las cualidades no sólo intelectuales, sino morales, inherentes al trabajo, esto es, al esfuerzo como medio para ocupar el puesto debido y deseado en la sociedad nacional. Capacidad de esfuerzo, sentido del deber frente al sentido vago y pusilánime de la suerte. Todo esto hay que crear en la mente y en las costumbres de los jóvenes".

Sobrada razón tenía. Hoy en día corre por el mundo una corriente epicúrea, materialista y acomodaticia, que está conspirando muy seriamente contra los valores de la voluntad humana. Lo del "máximo de placer con el mínimo de esfuerzo" resulta un prospecto demasiado atrayente. Pero acaba con las reservas morales y vitales de una comunidad formando ciudadanos de voluntades blandas y espíritus conformistas. A todo esto contribuye el juego en gran medida, acostumbrando a confiar en la suerte y destruyendo todo sentimiento de lucha y superación individual. Y eso es terriblemente dramático para los cubanos en los momentos que vivimos. Un pueblo envenenado es un pueblo sin ideales. Y sólo los pueblos con ideales son dueños de su propio destino.

M, ag 8/56